

EXPLORADORES Y VIAJEROS ESPAÑOLES EN EL PACÍFICO

Juan Manuel García Bejarano

Es Licenciado en Historia por la Universidad de Sevilla y durante treinta años ha sido profesor de Historia del IES Rodrigo Caro.

No hay duda de que lo que unos descubren facilita a otros el camino a seguir. Este es el caso de que, lo que en un principio allá por el año 1513, fue descubierto y bautizado por Vasco Núñez de Balboa como Mar del Sur, hoy en día lo conocemos con el nombre de océano Pacífico, dado por Magallanes en 1520 al navegar por primera vez en sus aguas serenas.

Son muchos los exploradores del Pacífico, y de muchas nacionalidades, pero lo que hoy tratamos, son aquellas expediciones que abrieron camino a otras o que tienen relación con la llegada de los primeros europeos a Nueva Zelanda. Sin menospreciar a otras, nos referimos aquí a la primera vuelta al mundo llevada a cabo por la expedición de Magallanes-Elcano (1519), por la importancia que tiene para las posteriores navegaciones por el Pacífico. En segundo lugar, hablamos del armador Juan Jufré y el marinero Juan Fernández (1576) como protagonistas no confirmados del descubrimiento de Nueva Zelanda. En tercer lugar, de la expedición científica de Alejandro Malaspina (1789) tocando tierra neozelandesa; y por último, la del singular viajero segoviano “Manuel José” que en 1834 se instala y deja sus raíces en las antípodas españolas.

1. LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO. MAGALLANES-ELCANO.1519-1522.

Dejando a un lado la expedición de Balboa, que algunos historiadores consideran como la segunda en importancia después del descubrimiento de Cristóbal Colón, nos vamos a centrar en primer lugar en la imponente aventura de la primera vuelta al mundo de Magallanes-Elcano, curiosamente basada en los mismos aciertos y errores que facilitaron a Colón el descubrimiento del Nuevo Mundo: el creer que la tierra era una esfera y podía navegar hacia occidente para llegar al punto de partida, y la creencia errónea de que las dimensiones de ésta esfera eran menores.

El portugués Magallanes, desengañado de su propio rey, ofrece a Carlos I de España el proyecto de buscar, navegando hacia el Oeste, un paso marítimo hacia las Indias Orientales, hasta las islas de las especias (Molucas). El monarca español, queriendo aprovechar la experiencia de un navegante de la vecina y rival Portugal, acuerda y firma las Capitulaciones de Valladolid de 1519 por las que otorgaría al navegante el título de Gobernador y Adelantado de las tierras que descubriese.

El diez de Agosto de 1519 parten de Sevilla (único puerto de ida y vuelta para las embarcaciones que viajan a Indias hasta 1717, cuando pasaría a Cádiz) cinco naves, la capitana, de nombre Trinidad, San Antonio, Concepción,

Santiago y Victoria en la que viaja Elcano. Tras hacer escala en Sanlúcar de Barrameda, salen definitivamente el 20 de Septiembre de 1519 con doscientos cincuenta hombres, aunque algunos hablan de doscientos sesenta y cinco y otros de doscientos treinta y cuatro. Llegan a Tenerife, Cabo Verde y tocan tierra en Río de Janeiro en Diciembre. Se detienen en Mar del Plata en Marzo de 1520 y convencidos de que no había paso hacia el mar del Sur siguen bordeando la Patagonia dónde pasan el invierno y toman contacto con los indios a los que llaman “patagones” *“porque se abrigaban con pieles los pies y dejaban grandes huellas en la nieve”* según nos cuenta Antonio Pigaffeta, italiano, navegante de pago y al final cronista de la expedición.

Gracias a la *“Relación del primer viaje en torno al mundo”*, publicado en Venecia en 1536 y cuyo autor es Pigaffeta, conocemos infinidad de datos de esta maravillosa aventura, las costumbres de los pueblos visitados, las costas, la riqueza en especias, la flora, la fauna, las penalidades del viaje etc., ya que él fue uno de los dieciocho hombres que vuelven con Elcano de regreso a Sevilla del total de doscientos cincuenta que salieron. Siguiendo con los patagones dice *“cuando están enfermos del estómago, se meten una flecha hasta media vara garganta abajo, lo cual les hace vomitar bilis verde y sangre”*. Si tienen dolores de cabeza *“se hacían un corte en la cabeza y así libaban la sangre de impurezas”*, o *“cuando llegaban los primeros fríos, se ataban con cuerdas de manera que el miembro genital quedara oculto en el cuerpo”*. Salvada una sublevación de tres navíos con sus marinos y jefes, dos de ellos condenados a muerte y otros dos abandonados, y perdida la nave Santiago, Magallanes bordea el estrecho que hoy lleva su nombre aunque él lo bautiza con el nombre de “todos los Santos”. El 21 de Noviembre ya surca el mar del Sur al que llama Pacífico por lo sereno y tranquilo de sus aguas.

“Estaba tan contento que las lágrimas brotaron de sus ojos” nos dice el cronista. Pero las dificultades aumentarían pues con solo tres naves, la San Antonio regresó a España sublevada, estuvo durante tres meses sin ver tierra firme. Durante este tiempo, el hambre y las enfermedades de la tripulación hicieron peligrar la empresa.

Dice el cronista: *“Habiendo consumido todas las galletas y otros víveres, cayeron en tal estado de necesidad que se veían obligados a comer los restos pulverizados que quedaban en los barriles, ahora llenos de gusanos y hediondos, como la orina, debido al agua salada. El agua potable estaba putrefacta y se había vuelto amarilla.”* Se vieron obligados a comer, sigue diciendo, *“trozos de cuero que rodeaban mástiles y cabos, sumergidos en agua durante cuatro o cinco días, a fin de ablandarlos.”* *“Debido a la hambruna y a la sucia alimentación, a algunos las encías se le hincharon tanto sobre los dientes, que murieron atrozmente de hambre”*.

En esta situación llegan a la isla de Guam en el archipiélago de las Marianas a la que llamaron Isla de los ladrones. Magallanes descubre las Islas Filipinas pero muere en combate contra los indígenas junto con otros tripulantes. Los restantes cargan de especias las naves Victoria y Trinidad y, diezmada la marinería, queman la nave Concepción. El nuevo capitán, Juan Sebastián Elcano llega a las Molucas dónde toma contacto con los portugueses e inicia el regreso con la nave Victoria, ya que la Trinidad permanece en las islas para ser

reparada y volver por el Pacífico a Panamá.

Elcano atraviesa el Índico, rodea África y llega a Sanlúcar el 6 de Septiembre de 1522. Ya en Sevilla, la venta del cargamento de especias cubre con creces los gastos de la expedición. Los nombres de los dieciocho hombres que volvieron figuran inscritos en la fachada del Ayuntamiento de Sanlúcar. Había terminado la primera vuelta al mundo.

Carlos I honra a Elcano con un escudo de armas en cuyo diseño figuraban tres nueces moscadas, dos palitos de canela y 12 clavos, coronado con un globo terráqueo y la leyenda “*primus circumdedisti me*”, “el primero que me rodeaste”.

2. VIAJE DE JUAN JUFRÉ Y JUAN FERNANDEZ. 1576.

No cabe la menor duda de que el viaje de Magallanes-Elcano abrió camino a otros muchos exploradores del Pacífico, entre los que se encuentran el armador español Juan Jufré y el experto navegante Juan Fernández, teóricos descubridores de Nueva Zelanda y Australia.

Este viaje está lleno de misterios y debates aún no resueltos, pero nadie niega la existencia de tal expedición a Oceanía. Se lleva a cabo en la primavera de 1576 y es sufragada por el armador Juan Jufré quien ordenó la construcción de dos barcos que en un principio capitanearía Sarmiento de Gamboa por su experiencia transoceánica y su convencimiento de la existencia de islas todavía por descubrir. Por diversas y curiosas razones, éste último no pudo dirigirla y sí lo hará un marino de Cartagena, Juan Fernández, que llegó a Chile con 22 años y que en 1575 tenía ya ganada fama de experto navegante de la ruta de la costa occidental del América del Sur, entre el Callao (Perú) y Valparaíso (Chile), viaje que había acertado a solo un mes, en lugar de los tres meses antes necesarios, navegando más separado de la costa por una nueva ruta que evitaba la corriente de Humboldt y que además le dio la oportunidad de avistar el archipiélago que lleva su nombre “Juan Fernández”.

Las referencias de las tierras descubiertas en esta expedición son estas “se trataba de un suelo montañoso, fértil y poblado por gente blanca, de ríos caudalosos y que contaba con todos los frutos necesarios para poder subsistir”. A su vuelta, según el historiador José Toribio Medina, Juan Fernández presenta un informe acompañado de un croquis de las tierras que había explorado a su amigo militar Pedro Cortés, maestro del ejército, del que se desprende habría alcanzado Nueva Zelanda al mando de sólo uno de los buques de Juan Jufré, desembarcando pero sin internarse, aparte de haber avistado Australia.

Según el mismo historiador, se podría tener más certeza de la expedición por una carta del Gobernador de Chile, Rodrigo de Quiroga, entre 1573 y 1580 dirigida al Rey, en la que se refiere al viaje de Juan Fernández a Nueva Zelanda y Australia, carta, a la fecha de hoy no encontrada en los depósitos del Archivo Nacional.

Las referencias documentales del probable viaje de Juan Jufré y Juan Fernández a Oceanía, por el que habrían descubierto Nueva Zelanda para España a fines de 1576, se basan también en un documento que presentó a

Felipe III el licenciado Juan Luís de Arias, alrededor de 1615 en el que se decía “.....proponiendo conquistar las tierras que había descubierto el piloto Juan Fernández, luego de haber navegado durante un mes desde las costas de Chile hacia el Oeste, habiendo sido el mismo que antes había reducido a sólo treinta días de viaje la navegación entre Lima y la costa central de Chile.”

No se sabe por qué el virrey del Perú, Don Francisco de Toledo, da respuesta negativa a la solicitud de navegación por parte de Juan Jufré, promotor de la expedición, a pesar de que en la misma se ponen como pretexto otros objetivos que encubren el motivo verdadero de la misma: alcanzar las grandes islas continentales que se encontraban más hacia occidente. Por tanto, la expedición no tuvo mayor realce en sus días quizás por la obstinación del virrey del Perú, al no haber facilitado su ejecución. Aquí estaría la razón de su provisionalidad, ya que un par de años más tarde, Juan Jufré muere y omite comentarios sobre el periplo realizado, posiblemente para que no llegaran noticias del mismo al virrey del Perú. Juan Fernández habl  de su viaje pero sin lograr el interés de las autoridades. El proyecto nació y murió en secreto.

Historiadores europeos como Alexander Dalrymple, Burney o el chileno José Toribio Medina (1852-1930), creen en la autoría de Juan Fernández como descubridor de Nueva Zelanda. Rechazan esta hipótesis los chilenos Benjamín Vicuña y Diego Barros Arana. El primero dice de los relatos de Juan Fernández “que son fantasías de la vejez” y el segundo “uno de los cuentos maravillosos de países encantados”.

3. ALEJANDRO MALASPINA Y SU EXPEDICIÓN. 1789-1794.

Siguiendo los principios de la Ilustración, nos encontramos ahora con la expedición más importante desde el punto de vista científico y naturalista del siglo XVIII español. Lástima que, de nuevo, las intrigas y las envidias de la corte arrinconaran sus resultados durante un siglo.

Este viaje responde a un deseo de conocer mejor lo que se gobierna desde España, con objeto de corregir los errores, potenciar los conocimientos y posibilidades de beneficios que el Nuevo Mundo podía ofrecer. Al menos esa es la inquietud de su promotor, el italiano Alejandro Malaspina, cuando en 1778, recién ascendido a capitán de navío, propone a Carlos III una expedición científica a través del mundo que aumente el conocimiento de la flora, la fauna y los pueblos que habitan las colonias españolas. No se desatiende el beneficio económico que puede reportar y en distintas ocasiones insinúa las posibilidades de explotación de determinados recursos como cuando habla de “...la abundancia de cetáceos en la costa Patagónica, cuya pesca y exclusivo beneficio pudieran ser de mucha utilidad a la monarquía”.

Respondiendo a esa mentalidad ilustrada, la expedición sale del puerto de Cádiz dos semanas después de estallar la Revolución Francesa de 1789, con el deseo de continuar las exploraciones de franceses e ingleses por el Pacífico, propósito que reflejan los nombres de las dos corbetas construidas en los astilleros gaditanos, Atrevida y Descubierta, en homenaje a los navíos de James Cook, *Resolution* y *Discovery*. Pero también es la expedición una reacción a la

intensa actividad que en el Pacífico vienen desarrollando ingleses y franceses, aspecto que se entiende como una injerencia extranjera en un mar que España consideraba suyo desde que Magallanes descubriera las Filipinas.

Entre los más de doscientos hombres que comandan Malaspina en una corbeta y Don José Bustamante y Guerra en la otra, viajan pintores como José del Pozo y José Guío, el botánico Luis Née, naturalistas como Antonio Pineda y Tadeo Haenke, el científico Alcalá Galiano, etc.

El viaje transcurre entre los años 1789 y 1794, deteniéndose siempre en cada sitio que resulta de interés para el estudio. Se hacen paisajes de la ciudad de Buenos Aires desde el Río de la Plata y desde el camino de las carretas. En la Patagonia, Antonio Pineda llega a medir a sus habitantes, se hacen pinturas y retratos como el del cacique patagón Junchar, y rectifica al cronista Pigafetta diciendo que “son altos y corpulentos” pero no gigantes. Se realiza un inventario de alrededor de catorce mil plantas, estudios anatómicos y fisiológicos de más de quinientas especies de América, Asia y Oceanía. Se llevan a cabo más de novecientas ilustraciones y diecisiete cartas y planos del litoral atlántico.

En 1791 llegan a Acapulco y sin olvidar el encargo de Carlos IV, nuevo Rey de España, viajan por la costa oeste americana buscando lo que piensan puede ser el paso del Noroeste, que supondría la unión de los océanos Pacífico y Atlántico, lo que les llevó hasta Alaska, dónde desistieron de encontrarlo y vuelven de nuevo a Acapulco para internarse en el Pacífico.

Tras visitar Nueva Zelanda (25 de Febrero de 1793) y cartografiar el fiordo de Doubtful Sound, hacen escala en Sidney (Australia) y deciden volver a la Patagonia para posteriormente regresar a España por el Atlántico en 1794.

Los materiales traídos por la expedición son cuantiosos y variados pero de ellos apenas se llegó a conocer más que un Atlas de treinta y cuatro cartas náuticas, pues el proceso abierto a Malaspina y las circunstancias históricas por las que atravesaba España, hacen que hasta 1885 no se publique la obra del teniente de navío Don Pedro Novo y Colson “*Viaje político-científico alrededor del mundo de las corbetas Descubierta y Atrevida al mando de los capitanes Alejandro Malaspina y José Bustamante y Guerra, 1789-1794.*”

Los fondos de la expedición están distribuidos entre el Museo Naval de Madrid, el Real Jardín Botánico, el Museo Nacional de Ciencias Naturales y el British Museum de Londres.

Es curioso haber realizado el viaje científico más importante de la España del XVIII y acabar siendo procesado y silenciado. Posiblemente haya que atribuir la desgracia a la popularidad de hombre científico, culto y valiente militar con la que Malaspina vuelve de su periplo, aspecto que le permite llegar a ser el candidato de importantes grupos de ilustrados para dirigir los bandazos de la nave política española. En este sentido, parece que Godoy, ministro de Carlos IV en aquel momento, se encargó de anular sus éxitos por temor a la competencia y llega a acusarlo de conspiración. Encarcelado, destituido de todos sus cargos, empleos y propiedades, se prohíbe la publicación de la memoria de sus viajes y su obra queda prácticamente olvidada hasta un siglo

después. Como los anteriores, Juan Jufre y Juan Fernández, Malaspina, que muere en 1810, no vive el reconocimiento de su éxito científico. Actualmente, una expedición conmemorativa de siete meses de duración ha salido de Cartagena (Murcia) el 12 de Diciembre del 2010 para recordar lo que en su momento se le negó. El buque de la Armada española “Hespérides” llegará pronto a Nueva Zelanda para dar testimonio de ello.

4. EL ANECDÓTICO VIAJERO: MANUEL JOSÉ. 1834.

Esta y otras expediciones científicas alertaron a muchos países de las riquezas de las zonas exploradas y desataron la impaciencia por aprovechar esos recursos lejanos, madereros, pesqueros, mineros, comerciales etc. Ese motivo, entre otros, propició que el siglo XIX fuera una carrera por conseguir lugares de privilegio para la obtención de productos caros o escasos en Europa, pero abundantes y baratos en otros lugares.

Esta sería la razón para que el protagonista de esta aventura, se enrolara en un ballenero del Pacífico y un día de 1834, hartado de los peligros del mar se asentara definitivamente en tierra firme, aunque fuese lejos de su pueblo segoviano. No sabemos la razón que le llevó a partir, pero pudo ser el espíritu aventurero heredado de siglos anteriores.

El 31 de Enero de 1811 había nacido en Valverde del Majano (Segovia) Manuel Frutos Huerta. Pronto emigró como marinero a Sudamérica donde se enrola en un barco ballenero “Elizabeth” que faenaría por el Pacífico, rico en cetáceos según Malaspina.

No conocemos los motivos, pero su decisión fue dejar el mar e instalarse en la costa oriental de la isla norte de Nueva Zelanda, a la que llegó en 1834. Aquí se relacionó o mejor dicho se integró con los nativos maoríes, concretamente con la tribu de los ngati porou y de sus actividades pesqueras pasó a ser un próspero comerciante, casado con cinco mujeres maoríes de las que tuvo nueve hijos y cuarenta y dos nietos.

Hoy, sus descendientes rondan los dieciséis mil y son conocidos como “los paniora” que significa “español” en lengua maorí.

Manuel José, como se le conoce aquí, o “el pelirrojo” de ojos verdes, era alto y guapo, atractivo que al parecer sirvió para atraer a sus cinco mujeres maoríes pero le valió la envidia de los hombres vecinos.

Los paniora se sienten orgullosos de su porción de sangre española y ya se han establecido relaciones con el pueblo de Valverde del Majano. No hace mucho, un grupo de estos descendientes de Manuel José viajó por primera vez a España para conocer la tierra de su antepasado. Las familias pudieron disfrutar y conocer las costumbres, los bailes, cánticos, trajes típicos y en definitiva, la cultura de sus respectivos pueblos, español y maorí. Unos meses después un grupo de valverdeños visitó la tierra donde “el pelirrojo” se instaló y donde se reúnen sus descendientes de forma periódica para afianzar los lazos de parentesco que los unen y de los que se sienten muy orgullosos.

El lema familiar de los paniora es “adelante para siempre” y así aparece en el escudo de la familia junto con un olivo, el plantado por Manuel José, que

todavía se conserva y que recuerda junto con el nombre de una finca de aquí llamada “Valverde” el origen español de estos dieciséis mil descendientes maoríes.

La tía Suey Maaka, biznieta de Manuel José, reveló recientemente que su padre solía contar cosas de su abuelo, como que había llegado de Castilla, que la gente le llamaba “el pelirrojo”, que había enseñado a sus nietos algunas palabras en español como cuchara, tenedor, cuchillo, etc. Ella fue una de las que viajó a España para conocer el lugar de nacimiento de su bisabuelo.

Finalmente, después de tantos siglos de navegación sin que se hubiese dejado constancia firme de la presencia española en Nueva Zelanda y sólo la hipótesis del viaje de Juan Fernández o la curiosidad científica de Malaspina nos hablasen del interés español por estas islas, el aventurero segoviano Manuel José, no sólo se quedó en estas tierras sino que echó raíces y dejó certeza de su paso.